

EDUARDO DE LA BARRA LASTARRIA

Nació en Santiago el 9 de febrero de 1839.
Dedicado á los estudios comerciales en Valparaiso, pasó á Santiago á seguir en el Instituto Nacional la Carrera de ingeniero, que, interrumpida durante algunos años concluyó en 1870.
Siendo en 1859, inspector del Instituto, desempeñó accidentalmente las clases de literatura, historia, geografía, y algunas del curso de matemáticas.
Incorporado mas tarde en el Circulo de Amigos de las letras, obtuvo el segundo premio en el primer certamen, cuyo tema fué á la Independencia de América, y primero en el abierto en honor del Abate Molina.
Ha sido jefe de seccion en el Ministerio de Hacienda y profesor en la Escuela militar.
En 1868, dió á la estampa un volumen de sus poesías.
En 1871, ha dado á la prensa las siguientes obras : *Francisco Bilbao ante la sacristia*, y *Saludables advertencias al clero chileno*.
Ha sido redactor de la *Opinion*, diario de Valparaiso.
Barra ha colaborado en casi todos los periódicos literarios de los diez últimos años y en las secciones respectivas de la prensa periódica.

Á CUBA

ODA

I
Indica region florida,
Envuelta en diáfano chal,
Que muellemente tendida
Pasas la indolente vida
Bajo un cielo tropical.

Ardiente nido de amores,
Mal oculto entre los mares,
Que abanicen los palmares
Y que zahuman las flores
Del bullicioso Almendares.

En tí es mas bella la aurora,
Mas puro y ardiente el sol,
Es la brisa mas sonora
Y el crepúsculo te dora
Con mas brillante arrebol.

Y tus mujeres preciadas,
Como tu clima, así son :
Ardientes y enamoradas,
Tienen fuego en las miradas
Y fuego en el corazon.
La luna riela en tus mares,
Y á sus tibios resplandores

Saltan perlas á millares,
Y suenan vagos rumores
Como lejanos cantares.

En tus selvas perfumadas,
Donde el dulce mango crece,
Fantásticas enramadas
Con flores entrelazadas
La brisa trémula mece.

Ciñen las ceibas gigantes,
Las cimbradoras palmeras
Y los plátanos sonantes,
Tupidas enredaderas
Como penachos flotantes.

Y entre las cañas y flores,
Y en las tranquilas corrientes,
Van y vienen zumbadores
Mil enjambres diligentes,
Como chispas de colores.

Y bulliciosas bandadas
De lindas aves pintadas
Pueblan el rico tunal,
Y las piñas regaladas,
Y el extenso cafetal.
Junto á la tierna paloma
La pulida garza asoma

À orillas del Yumuri,
Y se baña en suave aroma
El brillante colibrí.

En inmensos espirales
Vagan las águilas reales
Atisbando la culebra,
Que entre los verdes nopales
El bronceado cuerpo quiebra.

Y allí el rey de los cantores,
El poeta de las flores,
El sinsonte americano
Viste de pobres colores,
Como Plácido, su hermano

Ensayando la habanera
Cadenciosas barcarolas,
Como el ave, va ligera
Juguetean con las olas
Que mueren en la ribera.

Y la arrogante mulata,
Trémulo el pecho de amor,
Entre ondas de azul y plata
Voluptuosa se retrata
Con mal fingido candor.

Cuba, Cuba encantadora,
De las Antillas señora
Por tu riqueza y beldad,
¿Por qué tu suelo no dora
El sol de la libertad?

Y ¿por qué tus resplandores
Al que admira tus primores
Le oprimen el corazón?
— Cuba tus joyas mejores
Joyas de cautiva son.

II

¡Oh Cuba! tus brisas de aromas cargadas
Que besan las flores y encrespan el mar,
Tus ondas azules de perlas bordadas
En pérfido sueño, te arrullan, quizá.

Acaso las blondas de diáfana espuma
Que ciñen flotando tu talle gentil;
Acaso la vaga fantástica bruma
Tus duras cadenas oculten de tí.

Acaso te halaguen con falsos honores
Harapos reales acaso te den,
Y en cambio te mandan tus régios señores
Guardianes que talan tu mágico Eden.

¡Oh Cuba! tus campos de frutos cubiertos
Los cuervos sustentan en régio festín;
Tus ricos planteles, tus selvas, tus huertos
Le ofrecen á España brillante botín.

Voraz el vampiro te acosa y te asedia,
Y hambriento te chupa su sangre mejor,
Y bate sus alas.... y Plácido, Heredia,
Y mil y mil otros sus víctimas son.

Despierta, Cautiva. Tu largo desmayo,
Tu loca indolencia te ha sido fatal:
Estallen tus iras lo mismo que el rayo,
Y sé en tu venganza cubano huracán.

III

Por tus quebradas costas la voz de los alciones
En notas discordantes anuncia temporal.
¿No escuchas? — Á lo lejos retumban los cañones,
¿No sientes? — á tus plantas se ajita el ancho mar.

Los vientos amontonan fantásticos nublados,
Que trezcan caprichosas las ráfagas de luz;
Y, semejan monstruos del piélago lanzados,
Veloces naves singlan sobre tu mar azul.

¿Qué busca esa bandera que ondea tan altiva?
Ah! mira sus colores! ¡Los de mi patria son!
Levántate á ser reina, lindísima Cautiva,
Levántate, y apresta la lanza y el bridon!

Apareciste un día del mar en la ancha falda
Y ufanas se tendieron las olas á tus piés,
Que un pedestal alzaban en su robusta espalda
La libre Democracia para sentar en él.

El sol que enamorado te visitó, en tu lecho
Desparramó al alzarse la pompa tropical;
Y el corazón ardiente que sorprendió en tu pecho,
Cautiva, ¿qué lo has hecho? ¿Por qué no late ya?

Mas tarde, tú lo sabes, la América española
Luchó contra su dueño sin tregua ni cuartel,
Y disipado el humo te vimos, á tí sola,
Sirviéndole al vencido de alfombra y de escabel.

Si entonces la vergüenza de la inacción cobarde
Ni hervir hizo tus venas, ni te azotó la faz,
Para nacer al mundo de libertad no es tarde:
Para deshonor y luto de sobra tienes ya!

Oh Cuba! si te precias de ser americana
La frente descubierta, la mano en el altar,
Ante los mundos jura ser libre y soberana,
Ante los mundos jura sin tregua batallar.

Los siervos de los reyes que tu belleza afrontan
En busca de tesoros llegaron otra vez;
Pero á los hombres libres los siervos no amedrentan,
Y en pié nos encontraron dispuestos á vencer.

Los hijos de los Incas, por la traición artera,
Á Iberia se humillaron, como te humillas tú:

Mas ¡guai! que al aire libre ya flota su bandera
Para borrar con sangre la afrenta del Perú.

Levántate á ser reina, Cautiva americana,
Levántate, y apresta la lanza y el bridon: [hermana,
Te aguardan nuestros brazos, porque eres nuestra
Te aguardan los laureles del mundo de Colon.

AL AMOR

ODA Á LUCINDA L. DE CLARO

I

Amor, fecunda fuente
De inspiración, de vida,
Eterna chispa ardiente
Del cielo desprendida,
Quiero elevarte un cántico
Digno de tí, inmortal.

Mi corazón enciende
Tu llama, que en él brota:
De mi alma se desprende
Clara, vibrante nota,
Que se unirá al magnífico
Concierto universal.

Dios, que marcó el trayecto
De innumerables soles,
Que creó el humilde insecto,
Que al cielo dió arrebales.
Al universo dijole:
« Vive, comienza á amar. »

Y la obra de su mano,
Amor, tú la coronas!
Vínculo sobrehumano
De las distancias zonas,
Del cielo tabernáculo,
Y de la tierra altar.

De nubes de colores
Entóldase la esfera,
Manto de ricas flores
Tiende la primavera,
Y alza tu primer tálamo,
Inmaculado amor.

Y de los labios brotas
De Adán y de su Eva,
Y á playas aun ignotas,
Reproduciendo lleva
La brisa el primer ósculo
De su primer señor.

Como apacible aurora
Que rompe las tinieblas
Y monte y valle dora,
Así, el Eden tu pueblas
De reanimante espíritu,
De misteriosa luz.

Y como el sol que inunda
De fuego el alta cumbre
Y todo lo fecunda,
Amor, así tu lumbré
Resplandeció en el Gólgota,
Te enalteció en la cruz!

II

Magnífico es el templo
Do reinas soberano:
Por donde quier contemplo
La huella de tu mano,
En valles y altas cúpulas
De porfiro y cristal.

Luce en el mar tranquilo
Tu estela luminosa,
Impeles el *nautilo*,
Pules la perla hermosa
Y elevas ricos túmulos
De múltiple coral.

Tu ley, que fieras doma,
Dá espíritu á las flores,
Inspira á la paloma
Su cántico de amores,
Y encumbra régias águilas
Al firmamento azul.

Tu alientas al guerrero,
Á quien la casta esposa
Ciñe el bruñido acero
Con mano temblorosa;
Tu cuelgas de las vírgenes
El velo de albo tul!

Tu voz, que enciende amiga
La gloria y la esperanza,
Impele al griego auriga
Que el frágil carro lanza
Para obtener de Pindaro
Coronas de laurel.

Y misteriosa guía
La lira y los pinceles
Del alma poesía,
Y encárnase en Apéles,
Homero, Dante, Sófocles,
Fidias y Rafael.

De Safo, de Artemisa,
De Dido el llanto expresa,
Las quejas de Heloisa,
Los raptos de Teresa,
Y de las tiernas vírgenes
El vago suspirar.

Para el asceta llenas
De místicas visiones
Las líbicas arenas,
Y fé en los corazones
Enciendes de los mártires
Que bajas á alentar.

De Magdalena el seno
Abrasas y la frente,
Y, gota que del cielo
Suspende el sol ardiente,
Desde el festín impúdico
Al Gólgota se alzó.

Das fuego al eremita
Pedro, que en ruda tropa
Levanta y precipita
Sobre Salem la Europa,
Y al Tasso, que hechos inclitos
En dulce voz cantó.

Enciendes de los moros
Las justas y la zambra,
Los húmedos sonoros
Besos que oyó la Alhambra,
Y las galantes pláticas
Que arrebató el Genil.

Vigor das á Pelayo
Que entre los montes vela,
Y armas de ardiente rayo
La mano de Isabela,
Blason del trono ibérico,
Y oprobio de Boabdil.

De plumas y azahares
Ceñida el alba frente,
Tendida entre dos mares

Cual virgen indolente,
La extensa region indica
Revelas á Colon.

La estrella del pasado
Sobre su frente brilla,
Su seno ha fecundado
Benéfica semilla
Que encierra frutos ópimos
De libertad y union.

III

Desde la tierra al cielo
Tu imperio se dilata;
No de la tumba el hielo
Tu lazo, Amor, desata,
Despoja, sí, al espíritu
Del manto terrenal.

Las almas que se amaron
En una sola funde,
Cual notas que vibraron
Acordes, las confunde,
Y forma de ella nítida
Crisálida inmortal.

Cuán mística y funeraria
Alza el ramaje yerto
La palma solitaria
Que nace en el desierto!
¡No tiene rubios dátiles!
¡No te conoce, Amor!

¡Ay! de la estéril alma
Que culto no te ofrece!
Esa es la seca palma
Que solitaria crece;
La cimbra el viento cálido
Del tedio y del calor.

Distintas las palmeras
Que brotan enlazadas!
Transforman en praderas
Regiones abrasadas,
Y allí las tribus árabes
Detienen su corcel.

Gacelas temerosas
Bajo su sombra beben,
Y siempre, allí, olorosas
Flores las auras mueven.
¡Amantes almas vírgenes,
De gloria sois vergel!

Amor que el Asia vende
En públicos bazares
Es falso amor. No prende
De mi alma en los altares
Amor que en copas áuricas
Bebe ávida Estambul.

Yo, solo al amor canto
Que adora el alma mía,
Al que al amargo llanto
Convierte en alegría,
Al que tras noche lóbrega
Irradia en cielo azul.

DELIRIOS DE SAFO

Safo en la cumbre del peñón, sagrado
Suelta en desórden la melena el viento,
Las crespas olas del profundo ponto
Triste contempla,

Ornan laureles su inspirada frente,
Perlas de llanto sus megillas ornan,
Como el rocío que en su seno ostenta
Timida rosa.

Mudas están las armoniosas cuerdas
De la sonora, celebrada lira,
Do en otros tiempos se cantaron tantos
Tiernos amores,

Callan los vientos y las auras callan,
Mansas las olas levemente ondean,
Y unas á otras al pasar se dicen
Flébiles quejas.

Quejas que apenas delicadas nacen
Cuando en el aire fugitivas mueren,
Notas eolias que en la lira de oro
« Faon » suspiran.

« Faon » y Safo convulsiva se alza,
Pitía de Delfos desgredada y loca,
Pálido el lábio la mirada incierta,
« Faon! » exclama.

II

« Hijo querido de la diva Vénus,
Único dueño de sus gracias todas,

Vestal que las severas
Virtudes enalteces,
Que el alma regeneras
Y su vigor acreces,
Tú acercas los espíritus
Al trono del Creador.

Cuanto tu luz inunda,
Cuánto tu mano toca,
Se anima y se fecunda!
Y hasta la estéril roca
En lentas metamórfosis,
Te reconoce, Amor.

Otras resistan tus encantos, otras
¡Yo no lo puedo!

Besos ardientes, que el deseo finge,
Queman mis labios y mi rostro encienden;
Rápido fuego por mis venas corre,
Siempre creciendo.

Trémulo el pecho, respirando apenas,
Túrbios los ojos y la lengua inmóvil,
Dulce desmayo, languidez lasciva
Túrbame el alma!

¡Cuánta es mi dicha cuando al pecho ardiente
Creo estrecharte y respirar tu aliento!
¡Hasta los dioses de la excelsa cumbre
Tienenme envidia!

Gloria y amores que la Grecia aplaude,
Faon ingrato, solo tu desdeñas!....
Lira de Lesbos, como mi alma estallen
Todas tus cuerdas! »

Dice, y las aves en murmurio leve,
Dánle benignas en su seno asilo;
Náyades bellas su doliente lira
Llevar en triunfo.

Crespas Ondinas conmovidas tiemblan
Trémulos circo delineando en torno,
Y el manso viento su postrer suspirio
Blando remeda,

EL FESTIN DE BALTAZAR

A BENJAMIN GAETE

Salem, Salem, descuelga del verde sicomoro
El harpa del profeta, la de las cuerdas de oro,
El harpa de tus reyes en que cantó David;
Y suenen los clarines y el címbalo sonoro,
Que el tiempo va á cumplirse, que llega Adonai.

De Babilonia altiva derruido caerá el muro;
Ni piedra sobre piedra, bajo el ramaje oscuro
De sus dolientes sauces, prendida quedará;
Y el triste viandante, de paso mal seguro,
Gimiendo con su rio, gimiendo pasará.

La mirra del oriente, que en delicada nube
Ondeando en espirales hasta los cielos sube,
Quemad en los altares del templo de Jehová;
Que el cinto de los Persas el vengador querube
La espada de dos filos ha colocado ya.

Como huracan que ruje en la escabrosa sierra,
Como temblor que agita la conturbada tierra
Al Norte y al Oriente se escucha ronco son;
Y en Ararat retumban los ecos de la guerra
Y al Libano en oleadas extiéndese el clamor.

Su cetro tendió Cire, y al punto le han cercado
Sus carros y ginetes, y el Asia ha desplegado
Banderas que se agitan como ondas en tropel.
Sus tártaros corceles el polvo han levantado,
Sus arcos y sus lanzas están sobre Babel.

Cual monumento frágil, al golpe del acero
Caerá el imperio de oro del soñador guerrero,
Y se alzará el de plata para caer despues:
Vendrán la ninfa griega y el César altanero,
Y, como secas hojas, se desharán tambien.

Imperios y ciudades y testas altaneras
Escucharán del péndulo las órdenes severas
Y, como leves sombras, ligeros pasarán:
Lo que Jehová inmutable señala en sus esferas,
Como obra de su espíritu, así se cumplirá.

Así los Faraones pasaron como el heno!
Expléndidos caimanes cuya corona en freno,
En pena de su orgullo, Nabuco transformó,
¡Que es mastoda su pompa que el deleznable cieno,
Que el Nilo en su corriente por siglos arrastró!

Así la hermosa Tiro, la que el purpúreo manto
Llevaba de los mares con inefable encanto,
La que vogaba en barcas de cedro y de marfil,
Perdida la corona trocó su risa en llanto
Y el mundo quedó atónito al escuchar su fin.

Salem, princesa viuda, princesa sin consuelo,
Los threnos que entonaste llorando en tu desvelo,
Por himnos vigorosos de triunfo cambiarás;
Esparce la ceniza que cubre tu albo velo
Y sube á los collados tus hijos á aguardar.

Salem, Salem, descuelga del verde sicomoro
El harpa del profeta, la de las cuerdas de oro,
El harpa inimitable del lírico David;
Y suenen los clarines y el címbalo sonoro
Y póstrate ante el ara del Dios del Sinai

Grato, apacible el babilonio rio
Sus claras ondas murmurando rueda,
Y entre los sauces de ramaje umbrío
Pasa la brisa suspirando leda.

Banda de cisnes de nevada pluma,
Sueltas gacelas, timidas cabrillas,
Cupos airosos de fugáz espuma,
Palmas esbeltas de sus dos orillas,

Así las hijas de Sion semejan
Junto al cristal de las fugaces ondas,
Donde sus ojos negros se reflejan
Sus rojos lábios y sus trenzas blondas.

Cedro añoso del Libano imponente
En que el rayo su tumba ha fabricado,
Que pierde entre las nubes la alta frente
Que el huracan del tiempo ha mutilado.

Así entre ellas, cual cedro entre azucenas,
El profeta Daniel sublime se alza,
Como un Dios que á romper va las cadenas
En nombre de otro Dios á quien ensalza.

Y cual gigante armado, que el acero
Á un lado deja por la copa hirviente,

Y en cuyo rostro torpe y altanero
Pinta sus huellas el licor ardiente.

Tal Babilonia, la del fuerte muro,
Embriagada á lo léjos se reclina,
Y culto rinde á su Baal impuro
Y uno sobre otro crímenes hacina,

Astro de amor, que entre la niebla brillas
Con tímido esplendor.

¿Qué se hizo el carmin de tus mejillas?
¿Qué mano lo borró?

Fuiste la rosa que gentil refleja
El Nilo en su cristal;
Hoy blanco lirio, en que la noche deja
Su llanto maternal.

Fuiste rubí, de la brillante aurora
Prendido al manto azul;
Hoy eres perla, cual no vió Bassora,
Cual no verá Estambul.

Lirio blanco del Carmelo,
Blanca espuma del Cedron;
Gacela de ojos de cielo,
¿Que tiene tu corazón?

Tu pupila en vano oculta
Lo que viene á revelar

EL HARPA DE DAVID

El rostro se enrojece
Del colérico rey: débil se inclina
La grey de cortesanos y enmudece,
¡Ya Dios no lo ilumina;

En loco desconcierto,
Como banda de timidas gacelas
Cuando ruje el leon en el desierto,
Se alejan las esposas,
De su ira, temerosas.

Saul, el soberano,
Se alza del áureo trono,
Ya vá á estallar su encono;
Mas David, el pastor, con ágil mano
De su harpa arranca armónico sonido.
Suave, como las brisas del Oriente

Tu lindo seno, que abulta
El continuo suspirar.

Que se alza y baja y ondea,
Y que late mas deprisa
Como el mar de Galilea
Cuando lo mueve la brisa.

Deja! — tu mano no esconda
Esa lágrima temblante,
Que vale mas que un diamante
De las minas de Golconda.

Mas que el oro y que las flores
Que encierra la creacion,
Porque es lágrima de amores
Que brota del corazón.

Del Eufrates en el cauce
Hay solitarios lugares;
Allí, bajo el verde sauce,
Confíame tus pesares.

Ven y en mi seno tu frente
Reposa, Susana mia,
Y dí lo que tu alma siente
Dí qué fué de tu alegría?

Que si lágrimas lloradas
Alivian el corazón
Hay confidencias sagradas
Que llanto del alma son.

Que bordan el Cedron de leve espuma,
Triste, como en la tarde, entre la bruma,
De la tórtola amante es el gemido.
Vacila el soberano estremecido,
Y á cada acorde, inimitable acento,
Á cada vibracion del instrumento,
Las nubes se disipan de su frente,
Y, cual mar tempestuoso
Que vuelve á ondear en majestuosa calma,
Vuelve la paz á su alma.

Y David á su rey la paz volvía
Y el rey lo maldecía,
Porque Saul, el de purpúreo manto,
Del humilde poeta envidia el canto,
No le importa su cetro, ni su gala,
Ni su pueblo que gime,

Ni el enemigo que sus campos tala;
Que todo noble sentimiento muere
Cuando la envidia el corazón inquieta,
Boa fatal que el corazón oprime
Y con robustos lazos lo sujeta.

Las glorias de David al rey espantan: —
Los profetas de Rama le predicen
Su futura grandeza y lo bendicen,

Y de Sion las vírgenes le cantan.
« Es preciso que muera
El cantor de la blonda cabellera. »
Así le ordena el corazón impuro:
Brillan sus ojos, parte de su mano
Y enclavada en el muro
Trémula vibra la ligera lanza
La ira del tirano
Jamás del justo al corazón alcanza!

ODA A MOLINA

Bronces el arte esculpe á tu memoria,
Digno tributo á merecida fama,
Y cual emblema de elevada gloria
El sol los ciñe con ardiente llama.

Y cuando en occidente se derrumba
Dando á los Andes mágicos reflejos,
Sus rayos va á posar, lejos, muy lejos,
Sobre modesta y venerada tumba.

Esa es tu losa sepulcral, Molina,
Que el sol de Italia vivido ilumina.

Y desde su alto asiento
Tal vez, pretende reanimar ardiente
La ya abatida frente

Do en un tiempo brillaba el pensamiento.
El pensamiento tuyo, que esparcía
Rayos de luz entre la densa niebla
Que de América en torno se extendía.

Y la muerte apagó esa inteligencia
Tanto batida por contraria suerte:
Pero no su renombre ni su ciencia.
Su diadema de gloria esplendorosa
De punzantes espinas está llena,
¡Que al saber siempre el infortunio acosa,
Siempre traidora suerte lo encadena!

¡Y el seno de la patria, tan preciado,
No guarda tus despojos!
¡Ingrata patria cuanto fué de amada,
Y en la ausencia, por tí, tanto llorada!

América infeliz! al ostracismo
El saber en tu suelo, el patriotismo
Condenados están! ¡De cuántas glorias
Guardas apenas débiles memorias!
Pero tanta velada nombradía
Brillará clara cual la luz del día!

La edad en que vivieron
Pasa, y llega la edad de la justicia,
Que exenta de ódios en sus tumbas falla.
La envidia entónces calla,
Y el mérito triunfante se presenta.

Tú, también, noble sabio, en la agria copa
De proscripción bebiste,
Y honores de tu siglo mereciste
Y los aplausos de la culta Europa.
Tras largo y triste y proceloso viaje
En la Italia detúvose tu planta,
Que á Chile te recuerda
Tanta belleza y desventura tanta!

Oh! miserables naciones!
Ambas la dulce libertad perdida,
Chile esclavo, la Italia prostituida!
Iguales en valor y en desventura,
Y en épica grandeza sus historias,
¿Qué les queda? ¡Tan solo su hermosura!
¡Solo un recuerdo de pasadas glorias!
No, que tú viste al patriotismo un día
Gigante a'zar su frente valerosa;
Viste á tu patria libre y poderosa
Ante el mundo llamarse independiente;
¡Mas de Italia no viste el Sol naciente!

Vagando entre sus régios monumentos,
Testigos de altos hechos ya pasados,
Débiles restos entre tanto escombros
De parásita yedra coronados,
Las sombras evocastes del romano
Derruido imperio, de la edad asombro,
Mudas quedaron en el polvo vano,
Que exaltada tu ardiente fantasía
De Arauco la guerra solo vía.

Y con profunda ciencia,
De este tan poco conocido suelo

El rico manto al mundo le mostraste;
Y también le contaste,
Con sencilla elocuencia
En la armoniosa lengua del toscano
Las glorias del indómito araucano.

Con encanto la Europa te escuchaba
Y tu acento aplaudía
Y el eco que hasta América llegaba,
Por sus vastas regiones se extendía.
Legaste tu renombre al patrio suelo:
Y el pueblo en recompensa á tu desvelo
Estátuas te levanta: no como esas
Que alzarse suelen para mengua solo;
Que el sello odioso de los bandos llevan;
Mármoles que deshonran,
Y que á la loca vanidad se elevan!

Llega un día en que el pueblo se presenta
Grande y terrible para hacer justicia,
Y en sus revueltas vengadoras ondas
Al polvo las reduce y las afrenta!

Como ellas caen la maldad y el crimen,
Y la virtud y el génio resplandecen;
Sus cadenas quebrantan,
Sus héroes no fingidos engrandecen,
Y mármoles para ellos se levantan,
Que solo al golpe lento
Del tiempo desaparecen.

Mas ¡qué importa! perenne es esa gloria
De los héroes que el pueblo reverencia!
Y el alto nombre que te dió la ciencia
Se halla escrito, Molina, en la memoria
Del pueblo, y en las grandes
Cumbres inaccesibles de los Andes.

Allí libre tu espíritu vagaba,
Y de América libre la hermosura
En su sublime majestad hallaba
Grande tu pensamiento allí crecía,
Y al arrancar altivo
De las gigantes moles los secretos,
En cifras esplendentes
De Dios el nombre por do quiera vía.

Ante Él doblaba la rodilla el sabio,
Y al Supremo Arquitecto de los mundos
Invocaba su labio.
Audaz tu pensamiento
Á su trono llegaba,
Y el Dios omnipotente
Derramaba la luz sobre tu frente!

Alzábaste imponente y majestuoso,
Como el cedro del Libano sagrado,

Y al hombre-rey en tí, naturaleza
Rendíale homenaje!
El águila real grito salvaje
Lanzaba altiva junto á tí, al mecerse
Del cielo azul entre las ténues blondas:
Del eco ronco del volcan ardiente,
Voz de la madre tierra
Que el parabien te daba parecía,
Y el rápido torrente
Al despeñarse en espumosas ondas
Melancólico *adios* te repetía:
El rayo que en las nubes estallaba
Con nueva luz tu frente bautizaba.
Y á tu voz respondiendo,
Sobre el inmenso espacio iba rodando
El ronco trueno, lento retumbando.

Y ese sublime, aterrador concierto
Nacido de la agreste cordillera,
La voz de lo creado,
La voz del cósmos era.
Que nueva luz te daba
Y en sus grandes secretos te iniciaba.

De su biblia las páginas
Naturaleza pródiga no oculta
Á aquel que sus oráculos,
Con la razón por guía, audaz consulta.

Cuivier, en los vorágines
De montes sobre montes superpuestos,
Y en los dispersos fósiles,
De razas que no son últimos restos,
Leyó la historia auténtica
Que el verdadero génesis encierra;
Y halló la huella, en claras metamorfosis,
Del paso de los siglos por la tierra.

Por senda ignota y virgen,
La multiforme esencia
Buscando de lo creado,
Del templo de la ciencia
Tú llegaste al vestíbulo sagrado.

Y si yo ahora á tu memoria canto
Nadie crea, engañado, que me inspira
Ese que tú vestías negro manto,
Que al dominio del orbe solo aspira.

Ah! no; nunca mi lengua
Encuentre un solo acento
De la justicia y la verdad en mengua.
Y si ahora un sencillo monumento
Quiero elevar, Molina, á tu memoria,
Es que ensalzo la gloria del talento
Y en tí venero del saber la gloria!

A GUILLERMO MATTA

ODA

I
 Águila audaz del cielo americano.
 Es, poeta, tu ardiente fantasía;
 La libertad tu mano
 Sobre las cuerdas guía,
 Y ella arranca de tu arpa la armonía.

Ardiente inspiración te ha dado el cielo
 Y una misión con ella:
 No tras diáfano velo
 El resplandor ocultos de tu estrella.
 Deja á los cisnes de la vieja Europa
 Vogar serenos en el patrio río,
 No en las aguas del Rhin llenes tu copa
 Que tú tienes tu manso Bio-bio.
 Ni sobre el cielo de la Italia extiendas
 Tus vigorosas alas,
 Que la hija de Colon tiene mas prendas
 Y mas hermosas galas.

¿Qué te importan los Alpes y sus nieves,
 Sus pinos y sus lagos,
 Si tú en las aguas de los Andes bebes?
 ¿Son acaso mas grandes esos bosques
 Que la mano del hombre ha cercenado,
 Que las florestas vírgenes
 Donde el rayo tan solo ha penetrado?
 ¿Son acaso sus roncós huracanes
 Mas imponentes, si se mueven guerra,
 Que la régia corona de volcanes
 Que extremece la tierra?

Tu excelsa poesía
 No es esa brisa errante
 Halago de las flores,
 Confidenciosa, tal vez, de sus amores;
 No es la sonrisa de la vírgen pura,
 Ni el beso delicado
 Que al despertar para su amante envía;
 Ni tórtola que gime;
 Ni fuente que murmura:
 Es mas bella, mas grande, mas sublime.
 Es la voz de la América inocente:
 Ora es el manso ruido de sus selvas,
 Manso, pero imponente;
 Ora del Amazonas y del Plata
 El rodar majestuoso;
 Ora la aterradora catarata

Del Niágara espumoso.
 De sus bélicas tribus
 Ora el canto de guerra,
 Ora la voz del huracán que ruge
 En la empinada sierra.

Cantor americano,
 Á la América canta:
 Canta sus glorias y su causa santa.

II

De en medio de los mares
 Nació la indiana vírgen, coronada
 De perlas y azahares.
 Gigantes robles, cimbradoras palmas,
 Bellas flores sin cuento
 Bordan para ella perfumada alfombra,
 Y espléndidas estrellas,
 Tan claras como bellas,
 Tachonan su azulado firmamento.

La libertad, que un día huyó de Grecia,
 Que las gradas bajó del capitolio,
 Que abandonó las selvas de la Helvecia,
 En este nuevo Eden fijó su asiento;
 Y habitó, del torrente á las orillas,
 Entre sus tribus fieras y sencillas.

Al leve soplo del ligero ambiente
 En sus blandas hamacas se mecía
 Y sus rápidas flechas dirigía;
 Doquiera oyó cantares,
 Doquiera tuvo altares,
 Y por templo un inmenso continente

La vírgen fué feliz; mas llegó un día
 De luto y exterminio,
 En que gimió de un rey bajo el dominio.
 Los hombres del Oriente,
 Que oráculo fatales anunciaron,
 Llegaron ¡ay! llegaron,
 Y en su seno inocente,
 Como lobos hambrientos se cebaron.
 Rodó el tiempo, — sufrió, — mas ya cansada
 Levantóse imponente

Y el poder de ese rey volvió á la nada.
 Mil páginas de gloria
 Brillaron en su historia;
 Héroes tuvo sin cuento, no señores,
 Y de nuevo cantaron sus cantores.
 Y tú, uno de ellos, tu destino cumple,
 Cantor americano,
 Á la América canta:
 Canta sus glorias y su causa santa.

III

Resuene por sus ámbitos tu acento,
 Maldiga á los traidores,
 Y caiga gota á gota, cual veneno,
 En su vendido corazón de cieno.
 Á sus tribus indómitas despierta,
 Que armadas se levanten,
 Y una sola la idea
 Y uno el peligro y la victoria sea!

Y qué vengan entonces esos reyes,
 Mengua del viejo mundo,
 Y hallarán libertad y patriotismo,
 Respeto por las leyes,
 Y odio para ellos y rencor profundo.
 Inmenso es el abismo
 Que á la Europa de la América separa,
 Y si en Europa el despotismo impera,
 En la extensión de América española
 Reina la democracia, y reina sola.

Ébrio de gloria y ciego de avaricia,
 Sobre otro mundo en vano
 El tercer Napoleon tiende la mano;
 Á otra lid se presenta,
 ¡Cuán temerario avanza!

Su cetro pesa mucho en la balanza,
 Y ya pasó Magenta.
 También la madre patria lo acompaña,
 ¡Mucho es su celo y su valor es mucho!
 ¡Ay! infeliz de la cuitada España
 ¡Cuán pronto se ha olvidado de Ayacucho!
 Siempre que sopla el viento
 Mas bulliciosa es la flexible caña
 Que el roble corpulento!

¡Pobres reyes! sus naves altaneras
 Los mares barrerán con sus banderas.
 Y en las vastas regiones des pobladas
 Defendidas por héroes y tormentas,
 Serán pasto del cuervo sus armadas
 Y el viento esparcirá sus osamentas.

Pobres reyes! No hay tronos, no hay esclavos
 Solo hay inmensa tumba,
 Para el que osado intente
 Dar señores al nuevo continente!
 La América no quiere mas armiño
 Que el que admira en su blanca Cordillera,
 Ni mas corona que su sol ardiente;
 Ni mas púrpura espera
 Que el vespertino manto de Occidente
 Que ondeando flota en su azulada esfera:
 Ni obedece á mas reyes
 Que á su Dios y sus leyes!

Y antes que siervos á sus hijos vea
 Llevar marcado el generoso pecho.
 Vuelva mil veces al profundo Oceano
 Vuelva mil veces á su antiguo lecho!
 Cantor americano,
 Himno de libertad tu canto sea,
 Y tanto vivirás como las grandes
 Excelsas cumbres de los patrios Andes.

LA PERLA DE LAS PERLAS

I

Singla, buzo, sin descanso
 Á la isla de Ceylan,
 Y en el lecho de sus aguas
 Lindas perlas hallarás.

Pero cuenta que otros muchos
 Que hasta el fondo de la mar
 Han bajado por cojerlas
 Nunca, nunca, volverán.

II

Muy amargas son las ondas
 De las aguas de Ceylan;
 Pero hay perlas mas preciadas
 Que el tesoro de un sultan.

Singla, jóven, singla, singla
 Á la isla del amor,

Que tal vez oculto encuentres
Un amante corazón.

Pero cuenta que allí arrastran
La cadena del dolor
Otros muchos que allí fueron
Por seguir una ilusión.

Mas si amargas son sus aguas
Sus virtudes muchas son : —

Dan vigor al alma joven,
Dan contento al corazón.

III

Yo soy buzo afortunado
De esos mares del dolor,
Tú, la perla que he encontrado
Tú, la perla de mi amor.

LA LUNA DE ENERO

En mi estancia solitario,
Dije mal, con mis recuerdos,
Anoche pensaba en tí
Como á cada instante pienso.

Pensando alzé la cabeza,
Y vi... contártelo quiero,
Y espero que no te ofenda,
Mi vida, lo que te cuento.

Vi que una virgen hermosa
Alzando su blanco velo,
No es vanidad, me miraba
Con amoroso embeleso.

Sorprendiome dulcemente
De esta mirada el destello,
Y aunque no fué de tus ojos
Turbado tuve el aliendo.

¡Quién que la vé no bendice
Esa joya de los cielos!...
¡Pero escucha; no te enojas,
Era... la Luna de Enero!

En el corazón tu imagen
Y tu alma en el alma llevo,
Y aun si á la Luna miré
Fué que te ví en su reflejo.

SUSPIROS Y MIRADAS

Los suspiros de un pecho enamorado
Son de amor las palomas mensajeras,
Que caricias y tiernas emociones
Sin sospecharlo entre sus alas llevan.

Las miradas de amor, cuando son mútuas,
Son besos de dos almas que se besan,

Que se llaman, se atraen y se juntan
Y en una sola confundidas quedan.

Suspiros y miradas de mi hermosa,
Única luz que mi esperanza alienta,
Vosotros sois el alba que precede
Al sol que mi alma sin cesar espera!

MARTIN JOSÉ LIRA

Nació en Santiago en 1834 y murió en 1867, cortando el hilo de una hermosa carrera literaria que prometia dias de gloria á la literatura nacional.

Después de completar su educación en Chile y de haber obtenido el título de abogado, hizo un viaje á Europa donde permaneció cerca de dos años.

Á su vuelta, ocupó en Valparaíso y en Illapel el puesto de juez de letras con general aceptación; pero ya el mal que lo llevó al sepulcro, lo atormentaba, de tal modo, que le fué necesario mudar de clima en busca de su salud. Con este motivo fué á Valdivia donde terminó su vida.

Era aun demasiado joven, y la patria tenia derecho á esperar mucho mas de él, que, bajo tan buenos auspicios habia dado los primeros pasos en la carrera pública!

Sus poesías corren impresas en un tomo, publicado en 1868, perfectamente aceptadas por el público y elogiadas por los inteligentes.

A UN RIZO DE CABELLOS DE MI MADRE

Cabellos de mi madre idolátrada,
¿Por qué en mis tristes manos os contemplo?
¿Por qué, cual otro día, en libres ondas
No os extremece el bullicioso viento?

¿Por qué al veros mis lágrimas resbalan,
Y, silencioso, en ellas os anego?
¿Por qué mis labios con amor ardiente
Imprimen en vosotros tierno beso?

¿Por qué al lucir la cándida mañana,
Después de orar, agradecido, al cielo,
Os miro acongojado y pensativo
Y os oprimo, amoroso, contra el pecho?

¿Por qué yacéis aquí desordenados?
¿Por qué así os abandona vuestro dueño?
¿Ó acaso libres os dejó una noche
Al dormirse, tranquila, sobre el lecho?

¡Ah! sí, una noche en que, amorosa y tierna,
Al entregarse adormecida al sueño,
Tendióme con tristeza aquella mano
Que me mostró, al nacer, la luz del cielo!

La mano que en las horas de mi infancia
Me guió de la vida en el sendero;
Mano que ahora busco en mi camino
¡Pero que nunca en mi camino encuentro!

¡Solo vió de mi vida los albores,
Cual de la aurora el diáfano lucero
Que entre las blancas nubes matinales
Lanza, benigno, su fugaz destello!

¡Tal vez previó muy corta mi existencia
Y al contemplarme próximo á su término,
Ofreció á Dios la suya en sacrificio;
Y el Creador la recibió en su seno!

De su vida tan rápida en memoria
Guardo siempre, constante, esos cabellos:
Cuando anegado en lágrimas los miro
Y su primera lucidez contemplo,

Me digo alucinado : — aun es muy joven
La noche de su vida está muy lejos,
Aun el pálido tinte de las canas
No anuncia de la tarde los reflejos.

Mas al volver de mi delirio amante
Desengañado mi ilusión advierto,
¡Ah! el pelo es la dorada siempreviva
Que brota de la tumba de los muertos!

Cual conserva este rizo idolátrado
Su primitivo lustre, ¡así en mi pecho
Brilla por siempre puro, madre mía,
De tus fugaces años el recuerdo!